

[LA DAMA DE LA CRUZ CUBIERTA (LA VIRGEN DE ARCOS)]

Por Mariano Martínez Luque

Reportaje fotográfico: Rosa Pérez y José María Peguero]



La fe, dice uno de aquellos viejos proverbios populares, mueve montañas. Hoy, no estoy tan seguro de eso, pero así debió de ser en otros tiempos. cuando las gentes humildes se arracimaban en torno a los conventos, las abadías y las iglesias y trabajaban para los monjes y otros señores del clero y de la nobleza, tan sólo como simples siervos, por un sencillo plato de lentejas, un mendrugo de pan o una miserable brizna de manteca diaria. De esta manera, poco a poco y con mucha devoción, se fueron construyendo las primeras ciudades o pueblos que crecieron en los aldeaños de aquellos edificios clericales y castillos, sucumbiendo después al hechizo del bullicio burgués y mercantil, las clases sociales que siglos más tarde dominarían la tierra.

El pueblo de Arcos nació quizá de esta manera tan peculiar en una ladera de las

montañas trolenses (Sierra de Arcos), un lugar de devoción y peregrinación que hay entre Ariño y Albalate del Arzobispo. Al principio aquel entorno prometía convertirse en una población próspera, pues el río Martín, que riega el valle que transcurre a la vera de esa serranía, podía haberles proporcionado a sus habitantes, por muchos años, toda el agua necesaria para que cultivasen sin recato en los aldeaños de sus orillas. He leído en el libro *Historia de Albalate*, del Doctor D. Vicente Bardaviu Pop, que el pueblo de Arcos pudo haber sido un asentamiento de pobladores quizá anteriores a los árabes, probablemente visigóticos, y por eso contaba con un sello de identidad tan antiquísimo como lo son las otras poblaciones de la zona. De aquella época, dicen algunas crónicas, data el origen de su Virgen, Ntra. Sra. de los Arcos. Cuentan también esas mismas crónicas que su aparición tuvo lugar en la parte baja del camino,

en la llamada Cruz Cubierta, y no en la cima donde está el santuario, como se ha creído siempre. De la misma manera que en casi todos los acontecimientos de este tipo (ahí ni entro ni salgo), cuenta la leyenda que esta Dama se exhibió en toda su grandeza a un pastor humilde al que le faltaba un brazo, que como muestra de su poder celestial la Señora restauró y dio vida de nuevo. Para dejar patente de alguna manera el hecho de la aparición de la Virgen María al mencionado pastor, aquellos viejos cristianos, como lo hicieron otros en muchos lugares de las tierras donde se anunció la venida de Jesucristo, tallaron una imagen en madera de cedro para representar y perpetuar a la Madre del Mesías en la memoria de los hombres.

Hacia el siglo X, y por razones que desconozco, el municipio de Arcos parece ser que deja de existir, quedando sólo en la cima de la montaña el mítico santuario de



María o lo que entonces fue castillo musulmán. El libro anteriormente mencionado cuenta que la Virgen fue venerada incluso en tiempos en que los árabes ocuparon la región, escondida en algún lugar cercano al castillo por aquellos cristianos arrianos que convivieron entre los musulmanes durante los cuatro siglos que duró la pretendida invasión.

Allá por el año 1130, a la vez que el resto de los pueblos y comarcas turolenses limítrofes, es conquistado el territorio donde estuvo Arcos por los ejércitos cristianos de Aragón. En ese mismo siglo XII la talla de la Virgen es rescatada, quizá por los vecinos de Albalate o de Ariño, de los escombros y malezas cercanos al castillo, antes de que este territorio sea comprado por el Arzobispo de Zaragoza, pues tras la conquista cristiana había pertenecido al Señorío de los Galindos y Ximiones de Belchite. Se cree que es de esa época la primera restauración de la imagen de la Señora, que quedaría casi como hoy se encuentra, aunque también es posible que fuera tallada en esos años. El pedestal sobre el que está colocada fue adosado muchos años después, pues pertenece al siglo XVIII. La imagen ha sufrido, como es obvio, muchos cambios de textura a lo largo de su historia, por lo que tuvo que ser sometida a varias restauraciones con añadiduras de otros elementos que no son de sus materiales primigenios.

Desde la conquista cristiana de estos territorios fueron muchas las fiestas que se conmemoraron en honor de esta patrona por parte de los pueblos de Albalate y Ariño. Una de las más antiguas parece ser que fue por el primer traslado, en el mes de septiembre del año 1648; pero hay alguna otra que compite con esta celebración y que data del lunes de Quasimodo, en el día 4 de marzo del año 1660. De esos traslados de lugar, de un santuario a otro o de una parroquia a otra, se cuentan hasta cinco. Esto era común hacerlo entre mucho lugares, pues las reliquias religiosas las desean tener los pueblos como parte de la devoción en la petición de las plegarias, casi



siempre para el mejor resultado de las cosechas. A esta Virgen se le han atribuido bastantes milagros, desde curaciones prodigiosas de la lepra o fiebres hasta un sinfín de posibles intervenciones divinas en sucesos tan imprecisos e intrigantes como inex-

nos de Ariño y Albalate, casi de la misma manera que si lucharan por la propiedad de agua, la adquisición de unos terrenos o el disfrute de una renta. Esta insigne Dama celestial sigue patente en las pasiones de muchos de estos vecinos y nada parece



plicables. También hubo incluso, a principios del siglo pasado, utilización política de la imagen y su santuario, con peregrinaciones o manifestaciones que se asemejaban a las actuales romerías. De las más importantes y con muy buena acogida popular, fue la que tuvo lugar allá por el año 1910, con más de 4.000 personas de asistencia entre los pueblos de Alloza, Albalate, Ariño, Andorra y Oliete. Los motivos fueron en este caso las intervenciones que el gobierno de entonces llevaba a cabo contra algunos de los intereses de la iglesia.

Hoy, después de tanto tiempo, tras aquel lejano ocaso del pueblo de Arcos y el olvido de su historia, la leyenda de la Virgen sigue viva, y, como si fuese una de aquellas diosas antiguas de las tribus de antaño, es solicitada todavía la posesión de su presencia en las respectivas parroquias por los veci-

haber borrado su distintivo (la salvadora de la fe, tal y como si fuese ayer el día en que Natalio, el pastor, apareció con su nuevo brazo en alto gritando: milagro). Estos acontecimientos son actos que se repiten en la geografía española, son muchas las Virgenes en disputa por la supuesta aparición de ésta en la confluencia de los términos de dos o más municipios, y he querido saborear, por qué no, esa muestra de supuestas pasiones ancestrales pasando una tarde de meriendas campestres, con chorizos, longanizas, buen vino y aceitunas, allí en la cima donde aparentemente moran los olvidos de ese templo o castillo de arenisca que llaman de la Virgen de Arcos. Desde allí, mientras subes por la estrecha carretera, el paisaje se muestra plagado de olivos centenarios, almendrales en las laderas del seco, maizales y alamedas en la hondonada



del barranco... En la explanada que precede al santuario la gente bulle de un lado a otro del camino, y se puede ya apreciar el aroma de las ramas de sarmiento ardiendo, a la vez que las hogueras levantan columnas de humo blanco entre el chisporroteo sabroso de la grasa del cordero o el bullir suculento de los caldos de paella de marisco. Después de la comida, cuando subí hasta la cima, para ver, según me aseguraron, el rostro bizantino de la Virgen, lo hice inmerso en la leyenda de aquel pueblo, y presentí aquel tiempo de caballos y carretas con el mismo rumor de aquellas gentes de Arcos a mi lado, como si estuviese en una época ya perdida para siempre, pero patente y manifiesta en cada uno de estos actos populares donde parece que vuelven los orígenes y las esencias de la tribu. Arriba descubrí un edificio de color terroso, un tanto descuidado y arcano, pero lleno de esa magia de lo viejo que renace en la razón de la existencia. El templo, que como he mencionado fue castillo en otro tiempo, es una aglomeración de construcciones de épocas distintas, añadidas que le han dado ese toque pintoresco e indefinible de su estilo. Hay habitaciones que se distribuyen en la parte alta, encima del atrio del templo y la capilla, como si hubiese sido una antigua residencia veraniega. El santuario tiene dos cuerpos; el primero y más antiguo, pues pertenece a lo que fue el castillo, es bajo, de techumbre sostenida por pequeñas columnas que soportan varios arcos recargados de pinturas. El segundo cuerpo es de unas proporciones más uniformes, con una espléndida cúpula que le otorga una luz más limpia y clara a todo el entorno: hay también un magnífico retablo y un altar de estilo gótico. Al ver allí la talla de la Virgen, como una Montserrat sin tinte negro, nada presentí en mi interior, pero tuve la inocencia de encenderle cinco velas como signo de una pretendida fe, tal vez ya inexistente, pero latente en la memoria de la infancia como algo inherente a la conciencia, que no

calla. No me sentí por ello desplazado de mi esencia de hombre razonable y analítico, y si es bueno o malo esa creencia en la Señora, me lo callé, pues ante todo está el respeto a la percepción del libre pensamiento de los hombres y mujeres de esta zona, o de otras. En estos casos, yo lo creí así, más vale dilucidar y pensar lo que se quiera, y adorar u objetar en el silencio. Ese mismo día en que fui testigo de estas romerías de la Virgen de Arcos yo me sentí, no lo niego, integrado plenamente en el bullicio de la Fiesta. Son, ante todo, actos comunitarios llenos de ese ambiente popular y bullanguero, que, apartando la creencia o no en la Señora, nos hacen sentir parte de un sistema de entrañables relaciones humanas. Por la tarde, cuando las hogueras se fueron apagando, el ligero vientecillo del norte inundó el valle, y el sol se sumergió en un horizonte de tonos rojizos, ambarinos y blancos, dejamos aquel entorno místico mis amigos y yo, por el camino por el cual habíamos ascendido aquella mañana, en busca del coche que nos conduciría hasta Andorra. Entonces pude apreciar los rostros cansados, pero satisfechos de estos romeros albalatinos o ariñinos, que no paraban de murmurar elogios de su fiesta. Uno de ellos, con el que había tenido una conversación durante la comida sobre estos acontecimientos y de quien obtuve parte de esta información, me preguntó qué tal lo había pasado, yo le contesté que muy bien, que aquellas meriendas tan alegres y campechanas merecían repetirse más a menudo. "Todos los años se hacen —respondió aquel albalatino con una amplia sonrisa en un rostro surcado ya de arrugas y tostado por el sol— sólo tienes que venir y disfrutarlas..."



Con el susurro de aquellas palabras tan sencillas en mi memoria puedo constatar ahora que más allá del horizonte de la fe está la búsqueda de la felicidad que a veces la inspira, pues, aunque en muchos casos sólo sean apariencias, nada hay más hermoso que la sonrisa de estos hombres y mujeres, descendientes de aquellos, como me había comentado este señor albalatino en aquella comida, que fueron siervos de los grandes señores y ahora libres de hacer lo que les plazca, dentro del orden, claro está, razonable y respetuoso que se les debe a los demás. Por eso creo que la fiesta o romería de la Virgen de Arcos no tiene por qué ser sólo una muestra del espíritu religioso del pasado, sino que puede representar también, mientras disfrutamos entre el bullicio de sus gentes, a ese otro viejo rumor de antigüedad que a veces llamamos folklore. ■

